

Estúpida

Juan Sierra

# ESTÚPIDA



## Capítulo 1

Se creía todo el cuento, se tragaba entera cada letra. Vivía ilusionada con lo que le escribía, con tantas líneas y tantas palabras ingeniosas. Se veía absorta entre su vocablo porque, además de cursi, era ingenua y algo estúpida. Nunca antes le habían hablado con tanta seriedad sobre el amor, para ella esa palabra pordiosera estaba encerrada en los diccionarios, agonizando en su soledad y su tristeza. Sentía que él era el único capaz de llenar su alma vacía, ¿y cómo no? si resultó que el miserable era poeta. Habiendo tantos charlatanes en el mundo: abogados, escribanos, maestros, periodistas, políticos, filósofos. No, justo a ella le tenía que pasar, tenía que involucrarse con un poeta, sabiendo que son unos farsantes y juegan sucio. Era como si su mayor anhelo y su mayor miedo se hicieran realidad al mismo tiempo. Prefirió disfrutar igual y creer que era real, enamorarse del poeta, y de todos esos versos que de él se desprendían. El sólo hecho de pensar en su cercanía, en el contacto físico entre ambos era para ella lírica en su máxima expresión. Siempre los encuentros de noche, a media luz, donde llegaba sin aviso, y se presentaba ante ella viril, fuerte, imponente. La llevaba a su habitación y la arrojaba sobre su escritorio, se lanzaba sobre ella y accedía a su cuerpo, a veces sutil, a veces violento, a veces ambos. Ocurría sólo cuando él quería, jamás cuando ella lo deseaba, y al terminar se metía en el abrigo y se largaba. Nunca amanecía a su lado, pero siempre le dejaba un mundo de versos a modo de pago. La pobre pensaba que esa era la forma en que un poeta ama. No entendía cómo, si estaba bien o estaba mal, solo tenía por certeza que esa era la única forma en que la habían amado. Le reconfortaba pasar el resto de la noche leyendo lo que él había escrito, y embriagarse hasta las tetas con esas palabras: eran toda la verdad que ella necesitaba, prefería no reflexionar mucho sobre el asunto.

Pero ninguna historia de amor que valga la pena ser contada llega a buen término, porque un día aquella estúpida dejó de serlo, y se dio cuenta de todo, descubrió que los lirios eran simples perros habitando calles muertas, que las palabras usadas cada noche eran dagas disfrazadas de alondras en primavera, descubrió que la ilusión era una prostituta esperando que se detenga un coche, y que esos encuentros eran simples cadáveres arrojados en el suelo. Cuando descubrió la verdad el dolor y el desconsuelo acapararon por completo su vida, dejándole fuerzas sólo para acabar con ella. Fue entonces que decidió prenderse fuego, en un acto más de desespero e impotencia que de dignidad. De los pies a la cabeza las llamas consumieron su cuerpo, y no gritó ni sufrió mientras agonizaba entre las llamas. Fue tan espantosa la realidad que prefirió convertirse en cenizas, sólo el suicidio aliviaría su dolor. Horrendo destino le asignó la suerte a esa estúpida hoja de papel cuando descubrió que los versos escritos sobre su cuerpo, por aquel miserable lapicero poeta, no eran para

ella.